





rumpirme ni responderme; pero viendo que había acabado, con ademán de inquietud me dije: Sosiegate, amigo, yo vengo para siempre, yo vengo á vivir y morir contigo, yo vengo á ser elayo de tus hijos, á que juntos amemos y sirvamos á Dios y á que vivamos debajo de sus paternalismos alas, aguardando el día de la santa esperanza. Amigo, que el cielo proteja á los que va á cubrir este techo y que fiados en su auxilio van á unirse con el lazo de la divina caridad! ¡que su bondad los una de manera que ni aun la muerte pueda separarlos!

Imagina, si puedes, querido Teodoro, cuál sería mi gozo cuando le oí pronunciar este discurso. El llanto volvió á desatarse de mis ojos. Corrí á mis hijos, y trayéndolos á los pies de Mariano, los hice poner de rodillas diciéndoles que los reconociesen por su padre, que yo le cedía toda la autoridad y todos los derechos que la naturaleza me daba sobre ellos, que le besasen la mano en señal de la obediencia que le prometían y que todos los días por la mañana repitiesen esta señal de respeto como una renovación de su promesa. Mis hijos lo hicieron con alborozo y prontitud, pero también doliéndose en llanto; y aquí empezó una nueva escena de ternura afectuosa que es imposible describir.

Aunque parecía que nuestra sensibilidad no podía ser mas viva ni crecer en aquel momento delicioso, el buen natural de Félix rebeldó la mía, porque al mismo tiempo que por mí orden besaba la mano de Mariano, volviéndose á mí me dijo: Pues que vos me lo mandais, yo le prometo obediencia y lo reconozco tambien por padre, pero que sea el segundo. Me parece que yo puedo tener dos padres y no quiero que vos dejéis de serlo mio. Si, hijo mio, le respondí yo estrellándole contra mí pecho, el cielo me hizo un don muy precioso dándome un hijo de tan buen natural. No; jamás, jamás me separaré de tí ni dejaré de serlo. Los dos seremos tus padres y Mariano lo será de los tres.

Después que nos aseguamos, Mariano dijo: Un amigo que se llama don Antonio y que me ha conuido en su coche, está fuera, permíteme que salga y te lo presente. Corrí con él á recibirle, y encontramos en la antecámara un hombre que me pareció modesto y de agradable fisonomía. Le pedí perdón de haberle hecho esperar tanto tiempo, acusando á Mariano de no haberme avisado antes, y le hice entrar con todas las atenciones debidas.

El nos dijo que pensaba en continuar su viaje aquella tarde. Le rogamos se quedase algunos días con nosotros. El se excusaba diciendo que el objeto de su viaje era ir á América á desempeñar una comision del gobierno y que temia no alcanzar al navio; pero á fuerza de instancias conseguimos que quedase tres días, en cuyo tiempo me pareció un sujeto muy instruido y de carácter excelente. Yo le di á Ambrosio para que le acompañase y le hice ver lo poco que había en el pueblo, y al cabo de tres días partió, después de haberme lamentado de la miseria de este lugar, como de la de casi todos los que veía en el camino.

Pero el día que llegó y que veía en su entrada, Mariano, que deseaba hablarme á solas, me hizo señas de que hiciese salir á mis hijos. Mandé á un criado que los llevase al jardín, y Mariano pidió á don Antonio que los acompañase. Cuando nos vimos solos me dije: Amigo, puedo darte otra noticia que te alegrará incomparablemente mas. Teodoro está desengañado, convertido y con un

ánimo resuelto de consagrarse á Dios enteramente. ¡Qué me dices, amigo! dijo yo. ¡Dios lo ha tocado el corazón! Si, me respondió, y tú has sido el instrumento.

¡Misericordias de Dios! volví á exclamar, con qué abundancia llenas de vuestros favores á un indigno! Querido Teodoro, jamás podré explicarte ni definir yo mismo la especie de placer que derramaron en mí alma estas palabras sobrenaturales y divinas. Allí senti lo que nunca había sentido y lo que me parece no es posible sentir en la tierra. Yo me figuro que esta será la especie de placeres y delicias con que Dios forma la bienaventuranza de sus escogidos; parecidos á estos serán los gozos con que embriaga á sus amigos.

Yo quedé tan fuera de mí, que sin saber lo que hacia, me pase de rodillas, sin poder articular otras palabras que ¡Dios mio! ¡Dios bueno! ¡Dios misericordioso! pero entanto que mis labios inagualmente las repetían, mi espíritu corría toda la extension de los inamables y multiplicados beneficios con que la Providencia me favorecía. ¡Cuántas y cuán diferentes ideas me pasaron por la imaginación! En primer lugar vi como representado en una miniatura el horrible conjunto de nuestra conducta desastrosa, los errores de nuestro espíritu, extravíos de nuestro corrompido corazón, y la infinita multitud de delitos que han manchado nuestra vida estragada.

El espantoso aspecto de este cuadro me hizo estremecer de horror; pero al instante y con la misma rapidez se me representaron, como en un espejo, todos los prodigios de la divina misericordia, los sucesos que una providencia paternal había preparado para mi conversion, mi viaje al convento, el encuentro de mi ángel tutelar, y mi confesion y comunión; la convalecencia del extranjero, la resolution de Manuel, la conversion de Simon, y ahora la tuya, Teodoro mio, la tuya, que desde el instante que Dios se dignó de abrirme los ojos, se la he pedido todos los días con la mayor instancia. Todo esto junto me producía una multitud de sentimientos tan vivos y violentos, que no podía soportarlos ni débil razon. No sabía ni podia mas que repetir: ¡Dios mio! ¡Dios adorable y eterno! ¡qué grandes eres! ¡qué bueno! ¡qué misericordioso!

Yo me sentía desfallecer, y Mariano sin duda lo entendió, pues levantándose por los brazos, me hizo sentar. Entonces empezó á preguntarme el cómo, el cuándo de tu conversion, y atropellaba mis preguntas de tal modo, que le hacia la segunda sin esperar la respuesta de la primera. Mariano viendo el desorden de mis cononociones, me exhortó al sosiego, prometiéndome que me lo contaría todo. Yo procuré reprimir los fuegos de mi vivacidad, y él me dijo:

Ya sabes que yo frecuentaba poco vuestra sociedad, y que aunque muchos de los que la componian eran mis parientes ó condiscipulos, y que nos habiamos criado juntos, vuestra vida profana y la dissolution de vuestras costumbres me habian alejado de vuestra intimidad, y que no os buscaba sino cuando el caso ó la urbanidad de las atenciones lo exigia. Habia pues mucho tiempo que no había visto ni sabido de ninguno, cuando un día me hallé con un papel de Teodoro en que me decía: Yo estoy de cuartel, y no puedo salir de palacio, ni pasar á verte; pero como tengo un negocio de grande importancia que tratar contigo, te pido que me vengas á ver. Causóme mucha extrañeza que Teodoro, que nunca había temido conmigo negocios, los

tuviese ahora. Su género de vida no podia acomodarse con la mia; pero como debamos estar prontos á todo y para cuanto podamos ser útiles, les respondí que iria.

Senti mucho ir á buscarle á palacio, porque este lugar me era desconocido y me costó mucho trabajo y tiempo para encontrar su cuarto. Como tampoco sabia las horas, llegué precisamente en el momento en que debía salir á hacer su deber. A pesar de esto me hizo entrar en un gabinete, y haciéndome conocer que no podia detenerme, me pidió que le esperase, porque no tardaría en volver. Yo consentí y él se fué. Pero, amigo, ¡qué diferencia advirtí en su tono y figura! ¡qué distinto me pareció de lo que había sido! Me quedé sorprendido al ver una trasformacion tan entera.

Ya conoces aquella cabeza tan erguida, aquel aire tan alto y soberbio, aquel tono de satisfacion y subsistencia, aquel estilo de pretension y superioridad, aquellos ademanes de gracia y ligereza, y en fin, aquella desenvoltura y despejo con que se distinguia entre los mismos cortesanos; pues bien, amigo, todo esto había desaparecido. Me pareció serio, modesto, con un aire simple y descaído y con un semblante lánguido y pensativo; en fin, tan diferente de sí mismo que apenas daba crédito á mis ojos.

Lo que mas me sorprendió fué su lenguaje, pues nunca me había hablado sino con aquel tono de burla irónica con que los presumidos solapan el desprecio con la chanza. Sin duda que como yo no profesaba su ilustrada filosofía, me miraba con lástima, me consideraba un pobre hombre de genio corto, que estaba aleccionado con las ideas de la religion, y cuando las circunstancias nos hacian encontrar, apenas se dignaba de hablarme, ó si me hablaba era muy de paso, con mucha ligereza y disfrazando el bajo concepto que tenia de mí, con las gradas del eliste ó del sarcasmo.

Por aquella vez me habló muy atento y comedido. Le observé un aire de tanta urbanidad y cortesía, que no podía dejar de extrañarlo. Atribuí tanta mudanza á que tendría algun cuidado grave y pensé que quizás me llamaba porque podría serle útil; con este pensamiento me dispuse á servirle con todo mi esfuerzo. Para divertir el tiempo mientras volvía, después de haberme calentado á la chimenea, me puse á reconocer y ojear los libros que tenía y cuando volví me hallé en esta ocupacion.

Tenia yo en la mano un libro que acababa de tomar y que no había visto todavía. Lo primero que me dice es: ¡Que libro es este! Yo le reconocí y le dije: es un Voltaire. Le arranca con violencia de mis manos y celandole en el fuego, dice: ¡infeliz! ¡qué tanto daño has causado! Yo quedé confundido oyéndole este discurso, y él conociendo mi sorpresa continuó diciendo: ¡Tú te seguías, Mariano, de oírme hablar así! No lo extraño, es muy natural y lo merezco; pero ¡si supieras lo que pasará si supieras... pero es menester que lo sepas.

Amigo, yo estaba ciego, yo era insensato, yo creía saber todo y era un necio. ¡Cuánto hay que saber que no sabia! ¡cuánto he visto, cuánto he aprendido en pocos dias! ¡Con qué acasos, con qué sucesos prodigiosos, con qué circunstancias extraordinarias se ha dignado la Providencia de abrirme los ojos! Era menester todo este cúmulo de accidentes y el modo particular con que los ha dirigido el cielo, para que yo leyese lo que he leído, para que me pudie-

se desengañar y que mi ceguera antigua y obstinada llegase á ver la luz.

Yo estaba confuso sin saber qué concepto formar de esto que discurrí, pero él me preguntó: ¡Sabes de Manuel! Si, le dije; me han dicho que murió en un coche de repente. No, me respondió; así se había creído, pero todavía vive. Después me volvió á preguntar si sabía de tí. Lo respondí que no. Y él me replicó: Pues sabe que has pasado largo tiempo en un convento, que allí ha hecho una confesion general, que hoy está en uno de sus lugares con el ánimo de vivir una vida cristiana y con el deseo de reparar sus escándalos pasados.

Amigo, no podrías concebir el efecto que me hicieron estas pocas palabras. La alegría y la sorpresa se disputaban la preferencia. ¡Qué le dije, ¡Dios ha tenido piedad y ha convertido ese ánimo rebelde, que parecia todo endurecido! Teodoro me lo volvió á asegurar y yo no me pude contener. Me puse de rodillas, y cubierto de llanto levanté las manos al cielo, exclamando lleno de alborozo: ¡Bendito sea el Dios de las misericordias infinitas! Observé al levantarme que Teodoro tenia los ojos húmedos y el semblante enternecido. Esto empezó á darme una idea de la verdad.

Yo le pedí que me explicase cómo ó por qué medios había hecho Dios este milagro. El me respondió: No, no te diré nada; si quieres saberlo, lee las cartas que me ha escrito; y te prevengo que no solo me encargas que te las haga leer, sino que entre ellas hay una destinada positivamente para tí. Yo le pedí que me la diera para leerla; pero me respondió: No, no la vorás sino á tu tiempo. Yo haré contigo lo que él ha hecho conmigo. El no ha querido que yo le respondiera cómo el me avisara, porque decía que deseaba que yo estuviera instruido de todo antes de que le respondiese. ¡Y qué bien haz! ¡qué cuerda fué esta prevencion! ¡cuántas necesidades y blisstemias me la costó!

Lo mismo haré contigo; no quiero que sepas nada sino del modo que yo lo he sabido todo. Aquel tengo juntas todas sus cartas, que forman ya un volumen abultado; deseo que las leas por su orden y desee leerlas contigo. No es porque yo no las haya leído muchas veces; pero quiero volver á leerlas en tu compañía. Hazme pues el gusto de que las leamos juntos, y no me preguntes nada, porque ellas te instruirán mejor que yo.

Le respondí que estaba dispuesto á hacer lo que me decía, y él me añadió: Pues siendo así, empezame hoy. Yo tengo las mismas libres y puedo pasarlas contigo sin que nadie se oida de ello. Días ha que las paso solo y no me ocupo mas que en leer y volver á leer estas cartas. Las gentes que estubo acostumbrado á ver se han sorprendido ó, y no me han faltado algunas veces. Yo las he despreciado y he dado por pretexto una indisposicion. Con esto ya no vienen, podremos leerlas sin ser interrumpidos. Tú vendrás luego que anochezca y toda la noche será nuestra.

Pero tus mismos criados, el replicó yo, extrañarían de verme venir y encerrarme contigo todas las noches; podrían imaginarse que tratamos alguna intriga ó enredo. Tienes razon, me dijo, pero eso tiene fácil remedio. Ven; y levantándose me mostró una pequeña puerta falsa por donde se podía entrar y salir sin ser visto de nadie. También me enseñó todas las entradas y salidas para que conociera los caminos, y dándome la llave me dijo: Ve aquí con la que



podrís abrir. Desde que llegué no te detengas; abre y entra. Yo te esperaré; pero si acaso no me encontraras, espérame tú. Esa llave que ha servido tantas veces á exorables delitos, sirva una vez á proyectos de virtud.

Convenidos así en lo que debíamos hacer, volví la misma noche, y apenas nos saludamos brevemente, cuando Teodoro sacó de una papetera todas sus cartas, y me dió la primera pidiéndome que la leyera en voz alta. Refirióme por menor todo lo que pasó en nuestra lectura sería imposible. Solo puedo decirte en general que jamás se ha leído con más atención ni escuchado con más vivo interés.

Cuando me parecía oportuno yo no dejaba de hacer mis reflexiones; pero era Teodoro el que más abundaba en ellas. Yo le observaba lleno y empapado de cuanto las cartas contenían: así conocí fácilmente que las había leído muchas veces y con mucha atención. Pero como sus interrupciones y apóstrofes se multiplicaban tanto, la lectura se prolongó mucho y nos fue preciso emplear un gran número de noches para concluiría. Yo no soy capaz de referirte individualmente todo lo que pasó: el tiempo y la memoria me faltan para ello; pero para que formes una idea te contaré alguna de las circunstancias más notables.

Cuando leíamos algunas de tus conversaciones con tu director sobre *Voltaire*, *Rousseau* y los otros filósofos del día que con tanto empeño se han dedicado á desacreditar la religión; así, exclamaba Teodoro con ardor: si, esos son monstruos perversos, furios que se han escapado del infierno para corromper al mundo. ¡Qué daño han hecho! ¡Desdichado el incauto que los lee sin estar antes bien instruido! ¡Desdichadas las gentes tan ciegas que los estiman! Presto perderán su religión y sus costumbres, y con ellas la paz y la tranquilidad. La juventud débil y propensa á escuchar con agrado lo que lesiona sus pasiones, los leerá con ansia, los creerá sin exámen sobre su palabra, y se abandonará sin temor á la licencia. Pestes públicas que me han corrompido, como otros muchos, y que son capaces de corromper al universo, si no se instruye más á los pueblos de la verdad de nuestra religión.

Otras veces, en ocasión oportuna, decía: Si todos esos grandes filósofos que han pervertido los pueblos con sus periódicos escritos no eran más que hombres orgiñosos. Por vanidad, por distinguirse y adquirir una gloria infeliz, publicaban opiniones nuevas y atrevidas, y como estas abrían las puertas á la relajación, las recibían los incautos con placer. Esta vana y miserable gloria era el primer impulso que animaba su insolente pluma, y la triste celebridad que por su desgracia encontraban en la humana corrupción, era un estímulo nuevo que los impulsó á multiplicar sus desatinos. Observad á Voltaire, el padre, el patriarca de todos, que empezó tímidamente aventurando algunas ideas atrevidas, y acabó por vomitar las más absurdas y perniciosas blasfemias.

Pero es claro que así él como todos los de su especie proceden de mala fe porque no hacen otra cosa que proponer dificultades sobre objetos que por su elevada naturaleza al hombre no es capaz de penetrar, y repetir objeciones mil veces respondidas y cuyas respuestas no vea el pueblo que se dejaba seducir, pero que ellos no ignoraban. Ved aquí toda su pífida ocupación: jamás hacen memoria de los irresistibles convencimientos de la fe, jamás hacen memoria de este admirable conjunto de pruebas que con

tanta evidencia y por tantos medios demuestran la verdad de la religión; y yo, pobre ignorante, les hago un dilema que quisiera oír cómo lo pueden responder.

Venid acá, les diría yo, promotores de la incredulidad; venid vosotros que os burláis de la fe cristiana y de nuestra santa simplicidad. Decidme, ¿conocéis ó no conocéis los fundamentos de esta fe? ¿sabéis por qué motivos creen los cristianos misterios tan superiores á la razón y practican á tanta costa una doctrina austera y contraria á la inclinación de sus sentidos, ó no lo sabéis? Si no lo sabéis, ¿por qué os metéis á hablar y burlaros de lo que ignoráis? Y si lo sabéis, ¿por qué os deteneis en objeciones incoherentes y desunidas que no pueden alterar sus fundamentos? ¿Por qué no atacas el tronco? ¿Por qué no exponéis á la vista todo el cuerpo del edificio para impugnarle por sus cimientos?

Si el sistema del cristiano es falso, si tenéis medios de echarle por tierra, si vuestras armas son bastante fuertes para derribarle, ¿por qué no os valéis de ellas para combatirle? No hay camino más seguro para que obtengáis esta victoria y para desengañaros de nuestras ilusiones, que haceros ver que los motivos de nuestra creencia son fútiles. ¿Por qué pues no los atacáis? ¿Por qué cuando con más empeño trabajáis en desacreditarla, tenéis el astuto cuidado de escondernos sus fundamentos? Confesad que ó sois poco hábiles, si pudiendo mostrar la debilidad de sus pruebas, no lo hacéis; ó muy pífidos, si porque conocéis, que no tenéis fuerza para derribarlas, no las acometéis de frente.

Teodoro no acababa cuando emprendía sus invectivas contra los filósofos, y animado de un vivo celo los estrechaba y desahacía. Pero cuando llegamos á las cartas en que tu director empieza á dibujar el hermoso y magnífico edificio de la religión, la eslabonada y nunca interrumpida cadena de hechos que empiezan con la creación del mundo, que descendien á Jesucristo y vienen hasta nuestros tiempos con tanta evidencia y claridad por monumentos públicos y subsistentes, de que nuestros mayores fueron testigos oculares, y nosotros lo somos por tradiciones incontrastables; entonces su espíritu se eleva, su corazón parecían dilatarse con la hermosa vista de una composición también ordenada como clara y como si estuviera penetrado con todos los rayos de una luz celestial.

¿Qué concierto! exclamaba, qué armonía! Todo es divino, todo se corresponde y todo está en su lugar. ¿Quién sino Dios podía hacer una obra tan sublime en que todo está tan justamente encajonado y donde nada se contradice! ¿Qué ciegos está el que no ve tan brillante esplendor cuando se le presenta á la vista! ¡Ay, Mariano! yo era uno de esos ciegos; los pífidos filósofos me tenían alejado, pero gracias al cielo que se dignó de enviarme la luz por estas cartas.

Cuando llegamos á las pruebas de la resurrección de Jesucristo, entonces me pareció que se inflamaba con ardor más activo. Sus ademanes y expresiones me persuadieron que estaba muy penetrado de la evidencia y solidez de aquellas pruebas. Ya había repetido muchas veces: ¡Insensatos! ¡Vosotros creéis que Alejandro conquistó la India y que César se sujetó á Roma porque es lo referen dos ó tres autores contemporáneos, que lo escribieron á vista de los pueblos que fueron testigos de estos sucesos, porque

lo han creído los siglos posteriores y porque estas noticias han llegado sin contradicción hasta vuestros días!

Y vosotros mismos no creéis los hechos de la vida y muerte de Jesucristo, que han sido escritos por tantos autores cotáneos en presencia del pueblo judío y de los mismos verdagos; no creéis sus milagros, que atestiguan los mismos autores que no creáis sus milagros de la vida y muerte de sus enemigos y que convirtieron tantos millares de hombres; vosotros no creéis su resurrección, aunque sostenida por el mismo testimonio de todos los apóstoles y discípulos que la vieron y que aseguraron que le habían habido tanto después de resucitado; y eran hombres tan santos que hicieron también milagros, con que convirtieron otros innumerales judíos; vosotros no creéis su ascension pública, aunque más de quinientas personas en medio de los tormentos y amenazas con la muerte aseguran haberla visto.

En fin, vosotros no creéis lo que se vieron forzados á creer hombres tan incrédulos como vosotros, y lo que á pesar de su repugnancia natural se vieron obligados á practicar. Vosotros después de muchos siglos queréis juzgar mejor que los que vivían entonces y que el auditorio sepa más que los testigos. Pero vosotros que sois tan lindos y que tenéis una vista tan larga, decidme, ¿cómo las Iglesias cristianas fueron desde luego tan numerosas? ¿cómo pudieron desde sus principios contar en su seno tanto número de fieles, si no había pruebas que los determinasen en milagros que los convirtiesen? ¡Insensatos! ¡mil veces insensatos!

Llegamos al momento en que tu director, enseñando con el fuego de su celo, se puso de rodillas, y levantando su corazón á Jesucristo, le protestó nuevamente su fe y adoración, diciéndole: Yo te adoro y reconozco por mi Dios; y cuando tú arrebatado con el mismo sentimiento también te arrodillabas y repetiste inopinadamente: y yo también, te confieso, amigo, que la descripción de esta tierra y patética escena me excitó tan viva y enternecedora conmoción, que no fui dueño de mí, las lágrimas me salieron á los ojos y me vi obligado á interrumpir la lectura.

Teodoro se puso en pie y con un tono grave y pausado me dijo: Nunca he leído este pasaje sin haber repetido como él con esa forma y dulcísima palabra. Cuando la leí la primera vez, las lágrimas me inundaron las mejillas, y sentí también un doloroso impulso que me hizo pronunciar estas palabras. Mi corazón y mis labios después las han repetido muchas veces, y me parece que cada vez las pronuncio con sentimiento más íntimo y afectuoso: hasta ahora no se las he dicho más que á Dios, porque, no he tenido otro testigo; pero ahora que lo eres tú, tú que eres sacerdote y que yo respeto como su ministro, se las voy á ratificar en tu presencia. Se puso de rodillas delante de mí y alzando al cielo las manos y los ojos, dijo: Si, Jesús adorable, yo también te adoro y te reconozco por mi Dios y por mi Redentor. Renovó en presencia de tu ministro los votos de mi bautismo. Hago y haré pública profesión de cristiano: dignate de perdonar mis delitos y de sostenerte con tu gracia. Tú, Mariano, ruega por mí y ayúdame en mis santos deseos.

Este movimiento de Teodoro y la humilde y bien sentida expresión con que me hizo aquel discurso, acabaron de

desatar las fuentes de mis ojos, y anegado en mis lágrimas me arrojé entre sus brazos. Yo di interiores y muy expresivas gracias al Dios de bondad, que por un milagro de su providencia había enternecido con tanta fuerza á un corazón que yo creía muy activo y tenaz. ¡Pero qué no puede la dulce eficacia de la divina gracia! Allí hicimos otros muchos discursos, todos relativos á tu situación y la nuestra, y más observas con mucho gozo mio, que estaba penetrado del dolor más sincero, y muy resuelto á mejorar sus antiguas costumbres. La abundancia de las ideas y la conmoción de los ánimos no nos permitió continuar aquella noche la lectura y la reservamos para las siguientes.

En efecto, la seguimos sin interrupción, y una de las cosas que me causaron muy viva complacencia fué, que cuando llegamos á las cartas en que nos refieres lo que te había pasado en tu confesión y comunión, Teodoro no cesaba de decir con voz baja y con un verdadero y profundo sentimiento que salía de lo íntimo de su corazón: ¡Dichoso tú! ¡felic mil veces tú! ¡quién se mostrara como tú! y otras expresiones semejantes que me vibraban en un vivo y sensible de su alma y que pensaba seriamente en ser émulo de tu felicidad.

Cuando tu director se preparaba á darte la absolución y te hizo aquel discurso tan tierno y cristiano, figurádotelo abrazado con la cruz y pronto á recibir la sangre del Cordero con que iba á purificarle de sus culpas, no pudo contener sus sollozos, y se desahacía en un largo y abundante llanto. Cuando tú describes el memorable instante en que estando postrado á sus pies y cuido con la tierra, tu confesor pronuncia en nombre y con la autoridad de Dios las santas y divinas palabras, exclamó con un suspiro que le salió de lo íntimo del pecho: ¡Allí pasado llegará para mí día tan venturoso! Lo mismo sucedió cuando leímos el momento de tu comunión; Teodoro la acompañaba con expresiones muy tiernas y fervorosas.

Tampoco pudo yo dejar, amigo, de enternecerme cuando llegamos al pasaje en que haces memoria de mí; pero cuando vi que desahacías que fuese á vivir en tu compañía y en la de la educación de tus hijos, sobre todo cuando llegué á la carta que me escribiste y en la que directamente hablas conmigo, mi turbación fué extrema. Quise decir alguna cosa á Teodoro con el fin de hacerle conocer mi incapacidad para un oficio tan elevado y tan difícil como el de dirigir almas de jóvenes, y añadir á la necesaria instrucción el cuidado de conducirlos á la virtud; pero Teodoro me atajó diciéndome: No te digo nada hasta que acabes de leer la carta que te escribo y que, tengas tiempo de reflexionarla. Yo hice esfuerzo para someterme, la leí toda, y después de haberla acabado me dije:

¿Puedo ya decirte lo que me parece? Si, me respondió. Pues bien, amigo, le volví á decir, el cielo no pudiera presentarme una ocasión más grata ó que me fuera más dulce que la de ir á vivir y morir con un pariente que amo y un amigo que estime. ¿Qué pudiera serme más útil que concurrir á sostener su nueva vida, y santificarme yo mismo contribuyendo á su santidad y la de su familia? ¿Qué pudiera serme más agradable que hacerle un servicio tan importante como encargarme de la crianza de sus hijos y cultivar dos tierras plantando los Estudios? Pero, Teodoro, tú sabes que yo no he hecho sino los mismos comatos, que no



he aprendido sino lo muy preciso para el desempeño de mis obligaciones. Los hijos de un hombre tan distinguido como nuestro amigo, que presto se verán en disposición de aspirar á los primeros empleos del Estado, pueden fiarse á la enseñanza de un hombre tan poco instruido como yo?

La elección es un grande arte, una ciencia acaso más difícil que otra alguna. Los primeros hombres de todos los tiempos se han dedicado con el mayor esmero á escribir sobre ella, á dar reglas, y á prescribir documentos. Aun entre los más ilustrados hay pocos capaces de desempeñar bien esta ciencia; porque yo supongo que la instrucción es lo de menos y que lo esencial es inspirarles el amor del bien y encaminarlos á la virtud, sobre todo á la virtud propia de su estado, y particularmente á aquellos que por su fortuna y nacimiento nacen, digámoslo así, destinados á mandar á otros hombres.

¿Y qué puedo saber de esto un pobre eclesiástico como yo? Mi vida ha sido siempre oscura y retirada; jamás he podido ocultar ni dirigidos mis atenciones á objetos de esta especie, y no es posible saber lo que no se ha aprendido ni meditado. Si nuestro amigo me deseara para cualquiera otra cosa en que yo conozca que lo puedo ser útil, al instante volveré á servirle; pero para ayo de sus hijos, para dar educación á dos niños que, presto se verán en el caso de obtener empleos distinguidos, este es un encargo muy superior á mis luces.

Yo fuera indigno de tan alta confianza si obscuro de la prevención que muestra en mi favor, si no resistiera á una instancia que me librase tanto, y no me perdonara á mí mismo la torpeza de no haberle desengañado: Teodoro me dejó acabar sin interrumpirme, y cuando vió que callaba, no dijo: ¿No tienes más que decirme? ¿Y qué más quieres? le respondí yo. ¿Qué queda que decir al que Dios que no debe admitir una ocupación porque no puede desempeñarla bien?

No te tocas juzgarte á tí mismo, me volvió á replicar Teodoro. Confieso que esta es una ocupación muy laboriosa, que un hombre encargado de la conducta y crianza de dos niños no tiene un instante suyo, que todos sus momentos deben estar empleados con la más activa vigilancia, no solo para evitar los continuos peligros á que se aventura su incauta edad, sino para que sigan el incesante y alternado curso de sus estudios, y mas aun para no dejar que se acompañen con quien pueda corromper la inocencia de sus corazones.

Pero no eres, Mariano, que la idea que tienes de lo penoso de este oficio sea la razón que te estimula para no aceptarlo. Me parece que tú harías á Dios este sacrificio si creyeres que con él le agradabas. Tú haces otros que no son más fáciles, y sin duda no rehusarías este que puede ser tan útil. Lo que te detiene es la desconfianza de tí mismo, el temor de no poder desempeñarlo bien y la idea de no hallarte propio para tan alto encargo.

Yo no quiero hacerme más que una reflexión. Si nuestro amigo fuera lo que ha sido, si te lo propusiera un padre que viviendo en el mundo quisiera que los educaras para el mundo, concibo que fuera de otras razones que pudieras alegar para excusarte, tendrías también la de no considerarte apto para ello; porque para la frivola y afectada educación del siglo es menester tener y enseñar ciertas futilidades de que tú careces; pero, Mariano, ¿no sabes lo que

es menester saber para enseñar á dos niños á ser cristianos?

Si no fuera más que eso, le dije yo, quizá lo aceptaría sin embarazo, porque á Dios gracias he procurado aprender bien mi religión y espero que en esta parte no sería inútil mi desarrollo; pero... Dime, amigo mío, me interrumpió, ¿tienes algun motivo que te detenga en el mundo? ¿alguna persona cuyo comercio te sea agradable y cuya falta perjudicaria un vacio en tu corazón? Explicáste con franqueza.

Yo no tengo, le respondi, ningún negocio que me pueda detener. Desde que abracé el estado eclesiástico supe que no debía ingerirme en ninguno. Contento con mi renta módica, pero suficiente para las necesidades á que me he ceñido, no desco mas ni aspiro á otra cosa. Amigos no me faltan; pero yo prefiero á todas las amistades la de Dios, y para obtener esta no hay ninguna que no pueda detener. Pues siendo así, me volvió á decir, es imposible que resistas á las recomendables solitudes de un padre que implora para sí mismo y para sus hijos los oficios de tu amistad.

Te confieso, amigo, que no me rendí todavía á sus instancias y que duró mucho tiempo en mi obstinada. Teodoro diversificaba sus razones. Me expuso todas las motivos que le parecían capaces de persuadirme; pero yo me mantuve constante, encerrándome siempre en el conocimiento de mi inutilidad; y viendo que no podía ganar nada conmigo, se quedó largo tiempo suspenso y pensativo; bajó los ojos al suelo con ademán de meditar profundamente; yo también me quedé silencioso, procurando armarme contra sus persuasiones.

Esta recóncisa suspensión duró algunos minutos; pero al fin Teodoro levantó la cabeza y me miró con ademán muy notable y decidido: yo vi en su persona un aire tan majestuoso y respetable que me inspiró una especie de veneración. Su fisonomía se registró de una agradable severidad. Me pareció que sus ojos resplandecían con un fuego que nunca había visto en ellos; los ojos los míos, que con tímida vacilación aguardaban lo que iba á decir, y después de alguna pausa, con voz dulce, pero firme y asegurada, me dijo: En vano te resistes, Mariano; es preciso ceder á los decretos del cielo.

Un oráculo que fuera inspirado, no pudiera pronunciar á descubrir los secretos de la Providencia con tanto decoro y majestad. Te aseguro que estas pocas palabras me penetraron, me asombraron y aturdirieron. El corazón me dió un vuelco. No sabía qué pensar ni qué decir; pero mi turbación fué mayor cuando después me añadió: Dime, Mariano, ¿quién es el que condujo á nuestro amigo á ese convento? ¿Quién lo preparó tan santo y tan celoso director? ¿Quién le abrió los ojos y le ha traído á la religión y á la virtud? ¿Quién le inspiró escribirme estas cartas que hecoso leído? ¿Y te parece que yo las hubiera leído, si contra mi costumbre, y á pesar de todas las apariencias, muchas circunstancias no me hubieran determinado?

¿No observas que para que yo las leyese era menester que viniesen de la mano de un amigo? ¿quién hay quien fuera más después de otros, de modo que empujase mi curiosidad? ¿Las hubiera yo leído si hubieran venido juntas á mí, hubiera sabido de lo que trataban? ¿Y las hubiera leído, aunque sucesivas, si me hubieran llegado cuando estaba en mi casa? ¿Podía haber hallado tiempo para leerlas cuando

no le tenía para mis no interrumpidos devaneos? Ha sido menester que me hallasen en palacio, de donde no puedo salir y en donde tengo mas tiempo para leer.

Observa también cómo la Providencia ha conducido mi corazón en la lectura de estas cartas. Las primeras me hicieron reír, y me pareció que podía divertirme con las historias; pero me inspiraron la curiosidad de saber cómo podría aquel director desempeñar la ardua promesa de probar esa evidencia verdadera que yo tenía por ridicula. ¿Y quién es el que ha juntado todas estas circunstancias? ¿quién ha dado al ser á estas combinaciones? Considera todo lo singular y extraordinario que hay en la amálgama conversion de tres monjes, contando á Manuel, y dime ¿quién puede ser el autor de estos prodigios?

Yo lo respondí que visiblemente era Dios, y él volvió-dese á revestir de mucha dignidad, como si le inflamara una sobrenatural inspiración, me volvió á decir: Pues bien; esa misma Dios que ha echado una ojeada de comiseración sobre nosotros, quiere que tú sostengas á nuestro amigo y lo ayudes á cuidar de su familia y de la educación de sus hijos.

No te asobardar tu nimia timidez. El que ha conducido á nomenclaciones tan extrañas, sabrá dirigirte en la vocación á que te destina. Yo por mí deprecia entiendo poco sus arcanos, porque nunca he andado sus caminos, y desde luego me reconozco indigno de hablar de ellos. Me parece que tu confianza fuera presumtuosa si te fiaras en tus propias fuerzas, si te apoyaras sobre tus talentos adquiridos; pero si confías en Dios, si no lo emprendes sino por seguir la senda que te muestra y si lo pides que te ayude con su gracia, puedes esperar que su luz te ilumine. Y sobre todo, tú enseñarás á tus pupilos á ser cristianos, pues el que sabe ser cristiano lo sabe todo, ó sabe todo lo que es menester que sepa.

Teodoro me dijo esto con tal elevación y tal aire de superioridad, que yo estaba confundido y no sabía qué responderle. Al fin después de alguna reflexión le dije: Te vuelvo á repetir que nada deseo mas que servir á Dios y ser útil á los hombres, que la compañía de nuestro amigo y el cuidado de su familia me serian muy agradables, y que si él no me propusiera la educación de sus hijos, para lo que me reconozco incapaz, no hubiera tardado en aceptar su proposición, y al instante hubiera volado á acompañarle y servirle con mi persona y facultades.

Ahora te añadiré lo que no te había dicho, y es que ha mucho tiempo que deseo salir de esta populosa capital, en cuyo tumulto es casi imposible vivir consigo ni vivir con Dios. Obligado en todos momentos á ceremonias de parentesco y amistades, interrumpido cada instante por ociosos importunos, y por contingentes forzado á perder muchos tiempos en frivolas intenciones, hace días que deseo y busco un retiro en que pueda consagrar á Dios el único tiempo de mi vida. Mira, pues, cuántas razones tengo para preferir la casa de un amigo que ya desea vivir con la modestia y religión que yo pudiera desear.

Pero la idea de una educación es tan alta á mis ojos y yo estoy tan lejos de poder alcanzarla, que no debes hallar extraño mi temor. No obstante, déjame consultar con Dios uno ó dos días y te responderé. Reflexiónalo si quieres, me respondi, y cuanto mas lo reflexiones, mas verás que esta es la voluntad del cielo. Su mano anda entre nos-

otros. Observa también cómo te preparaba con esto deseo de retiro para el instante en que debía escribirte nuestro amigo. Reflexiónalo pues, pero no olvides que Dios es el que te llama.

Al otro día por la mañana fui á consultar á mí confesor, me preguntó distinguido por su ciencia y virtud, y le propuse las circunstancias en que me hallaba. Su respuesta fué: Vanos á decir misa, pidámas uno y otro á Dios que nos ilumine con su luz divina, y después confiéramos. En efecto, después de haberla dicho nos volvimos á juntar, y yo oí lo que me dijo: He pedido al Señor encarecidamente que nos inspire una resolución que sea de su gloria. He pensado con la más seria atención lo que me habéis expuesto, y después de muchas reflexiones no veo nada que os deba estorbar el admitir el encargo que se os propone, y veo muchas razones poderosas que os deban determinar.

Aquí no tenéis obligación ninguna que os ofija, ningún motivo particular que pueda deteneros. Desedábas ya apartaros del retiro y embarcos de esta numerosa población. Estabais en ánimo de buscar un retiro en que servir á Dios sin distracción. En esta circunstancia os llama ¿quién? un paciente, un amigo, un hombre que ha vivido en el desierto, que Dios ha convertido y que ya desea acercarse al sagrado de la virtud y al uso de la penitencia. ¿Y para qué os llama para acompañarle y sostenerle; oficio de caridad, oficio dulce, que al mismo tiempo alimentará vuestra bien vuestra propia devoción. ¿Qué mas quisiereis vosotros que le ayudeis á poner en orden su familia. Es difícil que lo pueda hacer por sí solo. Vos debéis pues estar servido á su confianza.

Es verdad que también desea que os encarguéis de la educación de sus hijos, y que os juzgáis poco. Hábese para este encargo, pero vos mismo me habéis dicho que este padre que os llama, está resentidamente convertido. Debéis pues suponer que lo que desea es dar á sus hijos una educación cristiana. En este caso ¿por qué no podréis decirle por qué no esperaba que Dios os ayudaría? Sería nimia timidez y desconfianza excesiva creer que no podréis enseñar á dos niños la religión, el temor de Dios, el amor á la virtud y los ejercicios y prácticas que pueden formar un cristiano religioso y tímido.

Si su padre quiere darles otros conocimientos propios de caballeros y debidos á la educación general de las personas de su clase, que los proporcionan á empleos de su jerarquía, ya sabe que vos no los tenéis, y pues es raro, hádla vuestro ocupación será, no apartaros de ellos, estar siempre á la vista y embarazar que se les diga ó enseñe nada que pueda violarlos, corromper su inocencia ó debilitar los principios que los procurais ingenuar. Así vuelvo á decirte que no veo nada que os pueda impedir el aceptar esta propuesta y que por el contrario, veo que con ella podéis lograr vuestros deseos de retiro, la satisfacción de un amigo, su perseverancia en la virtud, el arreglo de una familia y la educación cristiana de dos niños.

A medida que esta sabio y prudente varón me iba des- envolviendo sus razones, una cortina se descorrió delante de mis ojos y la luz me iba penetrando por ellos hasta lo mas profundo de mi corazón. Al instante todas mis dudas desaparecieron, todas mis nieblas se disiparon, y yo me sentí determinado á venir á buscarte. Aquel día



mon me pareció luminoso y seguro. Mi ánimo perturbado se asejó, y yo no pensé más que en los medios de responderle y poner mi viaje en ejecución.

Volví la misma noche á la hora acostumbrada á ver á Teodoro. Desde que me vió me dijo: Y bien, Mariano, ¿á qué te has decidido? Á seguir, respondí yo, la vareda que el cielo me presenta, á partir y entregarme á la conducta de la Providencia. Teodoro me abrazó con muchas señas de satisfacción y me añadió: Mira como yo te lo habia vaticinado. No era posible que resistieras á la inspiración.

Todo esto viene ordenado por una mano superior que nos ha mirado á todos con bondad. Dichoso tú que vas á hacer la felicidad y á contribuir á la salvación de una familia que Dios quiere conducir al cielo por ti y contigo. Piénsalo que también me dirija y me saque de estas incertidumbres y congojas en que flucto. ¿Y cuando piensas ir?

Yo puedo partir muy presto, respondí, si esto te parece conveniente. Ningun negocio me ocupa y mi equipaje no es grande. Lo único que pudiera embarranzarme son mis libros; pero los dejaré en casa de un amigo con encargo de remitírmelos después. Y como si la Providencia lo arreglara todo, ayer he sabido que el mas íntimo de mis amigos está destinado para ir á la América con una importante comisión y que debe partir de aquí á tres días. Debe pasar por el lugar en que reside nuestro amigo, y no dudo que me lleve en su coche. ¿Te parece que me aproveche de esta ocasión? Sí, me respondió Teodoro, y yo la miro como disposición del cielo. Nuestro amigo te espere con impaciencia y de este modo le darás también el placer de la sorpresa.

Lo volví á decir: ¿Pero tú, Teodoro, qué es lo que piensas hacer? En las disposiciones que te veo, me parece que no estás lejos de tomar un buen partido. ¿Cuál es pues tu resolución? ¿Qué sé yo? me respondió. Los impulsos mas vivos de mi corazón son volar á ese convento en que ha estado mi amigo y arrojarlo todo entero entre los brazos de aquel santo director; pero hasta ahora he sido esclavo de mi empleo y no he tenido libertad. Por otra parte, ya habrás observado que nuestro amigo en todas sus cartas no dice el nombre del convento ni el de su director, y como me impuso la ley de no escribirle hasta que me avisase, no se lo he podido precuntar.

¿Cuándo se acaba tu cuartel? le pregunté. Y me respondió: De aquí á ocho días. Pues siendo así, lo volví á decir, me ocurre una idea para componerlo todo. Yo esperaré á que tu servidumbre se acabe y entonces podremos ir juntos. Con esto darás á nuestro amigo el gusto de que te vea; al mismo tiempo te informará de lo que desea saber y dudar allí podrás ir al convento. No, me respondió Teodoro. Yo no quiero ver á nadie antes de haberme desembarazado de la única inquietud que ocupa ahora todos los instantes de mi vida.

Me parece que es mejor esta otra idea. Tú partirás de aquí á tres días y con esto nuestro amigo tendrá mas presto el consuelo que espasa. Tú le contarás con extensión todo lo que ha pasado entre nosotros. Yo no pudiera hacerlo sino con mucho trabajo y nunca tan bien. Tú le pedirás que sin perder momento me escriba el nombre del convento y el de su director, y que me remita una carta de recomendación para él. Yo me detendré muy poco, á menos que coneluya mi servidumbre, y aprovecharé los

primeros momentos de mi libertad para ir á buscarle. Después de haber cumplido con este primero y mas urgente deber, iré á veros, os hallaré juntos y pasará en vuestra compañía algun tiempo con mas sosiego. ¿No te parece bien este pensamiento? Muy bien, le dije, y voy á ejecutarlo por mi parte; en efecto, salí de allí. Mi amigo don Antonio me ofreció un asiento en su coche, dispuse todas mis cosas para el viaje, me despedí por la última vez de Teodoro, nos pusimos en marcha y heme aquí para siempre contigo.

Esta fué la relación de Mariano. Discurre, amigo mio, con qué placer, con qué interés escucharia un discurso en que todo es felicidad para mí; pero qué puede ser comparable con el gozo de saber que Dios se ha dignado también iluminarte? ¿que la misma luz con que me alumbró en las espesas tinieblas de mi ceguedad, por medio de mi ángel tutelar se ha extendido á las tuyas? ¿que te haya hecho conocer la verdad y lo que aumenta mucho mi satisfacción, que se haya servido de mí para instrumento de tanto bien? ¡Teodoro, una felicidad tan grande no puede caber en mi corazón! Yo le doy gracias y se las daré toda mi vida de lo mas íntimo de mi alma.

Haces muy bien en dirigirte en derecha al convento y no malograr un instante para tan saludable operación. ¡Pero qué delicioso momento será el mio cuando te vea de vuelta y cuando teniéndote en mis brazos pueda decirme: Yo aquí mi amigo, que ya lo es de Dios; mi Teodoro, que ya está reconciliado con la bondad divina, y que confío en y será vaso de misericordia, que va á servirle conmigo y de quien ni aun la muerte me podrá ya separar, pues nos juntaremos en el cielo á bendecir eternamente ese Dios nuestro Padre á quien debemos tantas misericordias!

Con esta encontrarás la carta que te incluyo para mi santo confesor. El sobrescrito te hará conocer su nombre y el del convento. Anda, amigo, y verás que no te he exagerado nada. Es un ángel en la tierra. En aquella santa casa hallarás otros muchos que te moverán al respeto y veneración. Tú te asombrarás como yo, porque no tienes idea de tanta virtud. Eos santos solitarios se esconden á los ojos del mundo, que no los quiere ver y solo viven para Dios. También encontrarás allí á Simon; y á propósito de este te voy á referir un nuevo beneficio de la bondad divina.

Al mismo tiempo que te estaba escribiendo esta carta, recibí una de mi santo director y me dice en ella que ya pensaba en despedir á Simon para que volviera á servirme, porque habia acachado sus ejercicios y recibido los divinos sacramentos con edificación y fervor; pero que este habia ido á decirle que Dios le inspiraba se quedase en aquella casa con título de sirviente pero servir á la comunidad. Que alabando sus designios y deseeo de consagrar su vida al Señor, le habia representado que en asuntos tan importantes era menester ir despacio y proceder con madurez para asegurarse de la vocación y no farse en un fervor pasajero, que podia nacer de circunstancias actuales.

Que le habia aconsejado se tomase tiempo para probarse á sí mismo; que empezase por volver á mi casa para darme cuenta de todo y consultarme esta resolución, porque no era regular ni justo que la tomase sin mi permiso y aprobación. Que si yo lo tenia á bien y si de aquí á tres meses él se mantenía en el mismo propósito, entonces po-

día volver, y que mi director se empeñaría en que el superior y la comunidad le recibiesen, porque entonces su constancia haria ver á todos que aquella era una inspiración del cielo y no el movimiento de un fervor transitorio.

Que Simon habia manifestado en su semblante que no le agradaba esta respuesta, que habia insistido diciéndole que no dudaba que yo aprobaria su resolución; que su servicio no era indispensable, pues yo tenia otros muchos oridos que podian suplirlo, y que cuando lo fuera, estaba persuadido de que yo sabria hacer el sacrificio por dejarle en libertad de hacer penitencia de sus muchos pecados. Que él le aseguraba de nuevo que su deseeo no era un fervor del momento, pues esta idea le seguia desde que habia entrado en los claustros y visto la vida santa de aquella comunidad, y que en fin, le volvió á rogar con mucha instancia lo apoyase en esta pretension.

Que mi director le volvió á decir que le parecia indispensable darme cuenta de su resolución antes de empeñarse á nada, porque esto era un deber de obligación y gratitud. Que si Dios era verdaderamente el que le llamaba, de aquí á tres meses tendria la misma intencion y mas facilidad de conseguir su deseeo. Que tres meses se pasaban presto y que era menester ceder á motivos tan prudentes.

Que á pesar de tan justas instancias, Simon no habia quedado ni satisfecho de ellas ni contento de tanta dilación. Que después habia ido á hablar con el superior y repetido las mismas súplicas, que este le respondió del mismo modo que mi director, pero que Simon no se habia asosegado con esto, y que habia sabido intrometer de tal manera á algunos de aquellos virtuosos padres, que el superior á sus ruegos le ha mandado darme cuenta de todo para informarme y pedirme mi permiso. Mi director me añade que la comunidad no quiere hacer nada sino con mi gusto y aprobación; que desea saber si tengo algun motivo para desaprobar las intenciones de Simon, y me asegura que no pasará á nada sin saber que son de mi agrado.

¿Qué dices, Teodor! ¿qué dices de ese nuevo beneficio de la piedad divina? No puedes haber olvidado el abuso que hemos dado á su destreza y agilidad. Yo hubiera debido ocuparme toda mi vida en dirigir á la virtud á un hombre de quien abusó tanto para hacerlo instrumento de mi perdición y de la suya; pero Dios me quita este cargo, inspirándome una resolución decidida, en que solo me deja la envidia de no imitarle en su penitencia cuando contribuí tanto á la necesidad que tiene de hacerla.

Voy á escribir al padre y significarle cuánto me edifica y complace el buen deseeo de Simon. Que no solo le apruebo y consiento con toda mi alma, sino que lo único que me aflige, es no estar allí para darle mil abrazos y pedirle perdón de las culpas que le he hecho cometer. Que me encomiende á ese Dios que va á servir y que nos trata á todos con una bondad tan inmensa como poco merecida. Tú le verás, Teodoro. Procura sostenerle en sus santos de-

seos y hacerlo conocer que ahora es cuando merece toda nuestra amistad y estimación.

Anda pues, querido Teodoro, anda, y que el Padre de las luces, de quien desciendo todo bien, te conduzca sobre las alas de su protección á ese santuario de virtudes, á ese asilo de la religion en que adoras su santo nombre y su vive de su amor. Abre tu corazón sin reserva á ese ministro suyo que ha destinado para instrumento de tantas resurrecciones, y que la tuya no sea la última. ¡Ah, si el golpe de luz que nos alumbró llegara también al infeliz Eduardo! Esta es la espina que todavía atormenta mi corazón; pero yo espero mucho en su misericordia. El que puedo entorrecer el mármol de mi pecho, el que á pesar de mis muchas iniquidades se dignó echar una ojeada favorable sobre mí, no se olvidará del que no puede ser tan inicuo como yo. ¡Dichoso Eduardo si el cielo le ilumina en un momento en que todavía le puede presentar una floración juvenal, y con ella sacrificios mas meritorios! Dichoso tú que te vas á ofrecer en tus frescos y aun floridos años, y puedes presentarle un inocente mas puro y agradable y expiaciones mas dignas de su culto! ¡Desdichado de mí que no lo puedo presentar mas que una vida mas larga, consumada en delitos, satisfacciones ecérricas y ofensas casi necesarias!

Anda, amigo mio, que los ángeles te acompañen y te lleven á ver á los hombres que en la tierra les son mas parecidos. Tú verás lo que nunca has visto, oírás lo que nunca has oído. Anda, y recómetate con nuestro Dios, con ese Dios que te conduce allí para perdonarte tus pecados, para unirse contigo en lazo insoluble y asociarte en el número de los felices. Teodoro, tú vas á abrirte las puertas de la eternidad y prepárate en ella una mansion eterna y bienaventurada.

No te apresures pues, ni señales término á los días de tu retiro. Entrégate á la conducta del pastor que vas á buscar. Déjale arreglar el tiempo, el modo y todo lo demás. Haz como yo, que me puse en sus manos y me he hallado bien. Es verdad que tú no necesitas de tanto; á mí fué menester persuádmelo las verdades de la religion y enseñarme todas las elementos. Tú, á Dios gracias, ya vas penetrado de lo que á mí me costó tanto aprender; lo único que te queda que hacer es confesar tus errores y pedir el perdón.

Que ese Dios que murió por nosotros te lo conceda, que su espíritu divino te aplique sus merecimientos, y que purificándote con su sangre te haga objeto digno de su vista; pero cuando hayas concluido tus santos ejercicios, cuando hayas concluido con todo lo que exige tan importante acción, vuélvete á mis brazos para que yo estreche con ellos contra mi corazón á Teodoro, ya amigo de Dios, á Teodoro que va á unirse conmigo con los vínculos de una nueva y mas sólida amistad, para que le adoremos y sirvamos hasta el venturoso día en que también unidos lo gocemos. Adios, amigo mio.